

Karina Pacheco Medrano

La voluntad del molle



La voluntad del molle



Seix Barral Biblioteca Breve

Karina Pacheco Medrano

La voluntad del molle

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

La voluntad del molle

© 2023, Karina Pacheco Medrano

Retrato de la autora: Adriana Peralta

Corrección de estilo: Frida Béjar

Ilustración de portada: Augusto Carrasco

Diseño de interiores: Departamento de diseño
de Editorial Planeta

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Seix Barral

Av. Juan de Aliaga n.º 425, of. 704, Magdalena del Mar.

Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: febrero 2023

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4379-71-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
n.º 2022-13080

Impreso en Litho Mass Arte S. A. C.

Calle Nicolás Copérnico n.º 236, San Miguel

Lima, Perú. Febrero 2023

*Lo contrario del olvido no es la memoria,
sino la verdad.*

JUAN GELMAN

*Y que entonces un desconocido
de los siglos futuros
me mire con audacia,
para que entregue a la sombra flotante
un húmedo ramo de lilas
cuando la tormenta pase.*

ANNA AJMÁTOVA

1

Abrió las ventanas de su habitación sin apenas hacer ruido. Desde los eucaliptos del jardín vecino irrumpió el alboroto de los gorriones. Era una tarde de sol después de varios días nublados. Empezó a silbar, los pájaros parecían contestarle. Comenzó a reír y siguió silbando. No le preguntamos si buscaba sus respuestas o si solo intentaba imitarlos. Mi hermana y yo permanecemos estiradas sobre su cama viendo fotos antiguas de nuestra infancia. Ella volteó de repente. Siempre imprecisa, dijo que no le gustaría morir de improviso para darse tiempo a desaparecer todo aquello que revelara sus secretos. Poco después, casi en un susurro, añadió que quizás sería mejor morir súbitamente para no destruir su pasado, para que en su ausencia por fin se descubriera todo lo que había callado y acallado.

—¿Y qué has acallado tanto, mamá? —le preguntó Elisa, sin desviar la mirada de una fotografía de su primera comunión.

—Nada... Nada. Mi vida ha sido tranquila, tal vez demasiado tranquila —respondió, sin apartar la vista de los eucaliptos.

Nosotras volvimos la atención a las fotografías. Con el pasar de los años, varias se habían despegado de los álbumes y nadie se había ocupado en colocarlas en su lugar. Elisa me pasó una en la que con ocho o nueve años yo aparecía sacando la lengua en medio del rostro hinchado por la picadura de abejas. Me empezaba a reír cuando mi madre volvió a hablar:

—Cómo me gustaría recordar una existencia llena de aventuras, como alguna vez me hubiera gustado vivir..., y como quisiera que ustedes vivan las suyas.

Dijo esto y se fue a encender la radio. Mientras daba vueltas al sintonizador, distinguimos que estaba buscando una emisora de boleros. Preocupante señal, pues cuando hablaba de morir su rostro se abatía y no era música alegre la que elegía. Volvió a la ventana con la sonrisa en los labios, pero una sombra ya surcaba sus ojos.

—No me gusta que hables de tu muerte, mamá —señaló Elisa, dejando las fotografías a un lado—. Cuando lo haces te quedas mal, fatal, aunque quieras esconderlo.

—Vean, yo hablo de la muerte como quien habla de la comida, o del trabajo, es algo inevitable en la vida de una. Es mejor estar preparada.

—Pero es evitable que te quedas triste —añadí.

—No, ¿acaso estoy triste hoy? —inquirió sonriendo.

—Sí, lo estás. Tus ojos, mamá, ¡tus ojos te venden! —exclamó mi hermana, repitiendo una de las frases que nuestro padre le decía.

—Sí, pues, mis ojos son mi libertad —repuso ella, lejana ya, y en efecto, se retiró de la habitación dejándonos con una canción otoñal y las ventanas abiertas.

Nunca la vimos como a una madre común y corriente, pero tampoco hubiéramos imaginado nada demasiado

sorprendente en su vida. Hasta que llegó su muerte, repentina. Nos destrozó. Nuestro padre también había muerto, hacía menos de tres años. Ella apenas lloró en su entierro, se ocupó más en calmarnos, en recordarnos que nosotras seguíamos vivas y tendríamos que aprender a ser fuertes, a dominar el dolor. Pese a esas palabras, en su mirada algo quedó roto y desde entonces empezó a hablar más de la muerte, si bien se apresuró en sellar puertas al pasado que se había ido con la vida de su marido. Donó toda la ropa que le había pertenecido, solo logramos convencerla para que conservara unos zapatos de montaña que él adoraba y que a nosotras nos recordaban las muchas caminatas que hicimos a su lado. No los regaló, pero los colocó en la parte baja de su clóset, metidos dentro de una bolsa de plástico. Aun así, cada vez que nos prestábamos algo de su guardarropa, la mera vista de esa bolsa blanca revivía la ausencia que nos seguía quebrando. Para evitar ese pesar, un día mi hermana empujó esa bolsa mucho más al fondo, donde no se viera.

Ahora mamá también estaba muerta y no teníamos la más mínima fuerza para ponernos a regalar sus cosas ni para reorganizar la casa sin ella. Parecía que las paredes se nos desplomaban encima y decidimos adelantar un viaje por Brasil y Argentina que llevábamos planificando desde hacía más de un año. Mamá iba a ir también con nosotras. Recordar este hecho nos afligía, pero también nos empujó a no posponerlo más.

Cerramos las puertas de la casa a cal y canto, y regalamos todas las plantas para que no se murieran sin riego. No queríamos que en nuestra ausencia nadie, ni siquiera los hermanos de mi madre, entraran en ese espacio tan íntimo y habitado por nuestro duelo.

En los dos meses que estuvimos de viaje nos distrajimos a fondo y apenas hablamos de qué sería de nuestra vida ahora, de cómo organizaríamos la casa, ni mucho menos de qué haríamos con la ropa que mi madre había dejado. A veces, cuando nos íbamos a cenar o almorzar en un restaurante simpático, hacíamos brindis con papá y mamá, como si ellos estuvieran con nosotras, disfrutando de esa buena comida y del vino, la caipiriña o la cerveza que estábamos paladeando. Solo la noche previa a nuestro retorno, Elisa me preguntó qué haríamos si al revisar las cosas de mamá halláramos algo que de verdad nos sorprendiera.

—¿Qué tal si encontramos algo horrible? —respondí.

—¿Y si fuera bonito?

—No creo que nos hubiera escondido algo lindo, siempre quiso pintarnos el mundo mejor de lo que es —recordé.

—Oye, Nena, ¿qué vamos a hacer con sus cosas? —me preguntó finalmente.

Cuando volvimos a abrir las puertas de casa, un intenso olor a moho impregnaba el aire. Un escape de agua en el baño del primer piso había empezado a inundar el parqué de la sala, de modo que apenas dejadas las maletas sobre nuestras camas, tuvimos que correr a buscar un fontanero, un parquetero, y a sacar dinero del banco. Por la noche mi hermana se fue al departamento de su novio y al día siguiente las dos debíamos volver a trabajar.

Nuestras cosas permanecieron regadas sobre las sillas y el suelo de nuestras habitaciones durante varios días. Quizás intentábamos prolongar la sensación del viaje, posponer el momento de retornar a una rutina donde mamá ya no estaría. Durante semanas me dediqué a acomodar algunos afiches y adornos que había comprado en el viaje. Volvía tarde del trabajo, casi siempre me quedaba a tomar un café

a la salida, y en ese trance también comencé a salir con un compañero de la oficina. Con mi hermana apenas nos veíamos algunas noches. Ella se quedaba con frecuencia en casa de su novio y yo llegaba cada vez más tarde, en ocasiones acompañada por mi enamorado.

Ya habían transcurrido siete meses desde la muerte de mi madre, cuando una mañana en que salía apurada al trabajo, Elisa me tomó del brazo y me dijo:

—Por favor, dime si esta noche o mañana te viene bien para conversar a solas.

Sus palabras no presagiaban nada agradable, así que le dije que mejor mañana. Aquel día y todo el siguiente estuve preguntándome qué sería aquello de lo que me quería hablar. Quise pensar que me anunciaría que estaba embarazada o que tal vez se iría de la casa, y aunque esto último me acongojaba, intuía que era otra cosa la que me iba a decir.

El día señalado volví tarde. Iba a entrar de puntillas hasta mi habitación, pero la encontré sentada en la sala, leyendo el periódico.

—¡Qué atrocidad! En medio de la desgracia del tsunami en Asia, hay bandas de pedófilos que se están llevando a los niños huérfanos —me dijo, con la mirada espantada.

—¿Quééé? —repuse, cogí el periódico y empecé a leer.

—¡Cómo es posible tanta maldad! —exclamó Elisa y se puso a llorar.

No supe qué decir. Le acaricié la espalda mientras veía las fotos de algunos niños que habrían sido secuestrados por esas mafias. Nos fuimos a acostar. Ella ni me reprochó que hubiera llegado tarde, si bien, antes de cerrar la puerta de su habitación, me pidió:

—Mañana, por favor, déjame hablarte.

Al día siguiente llegué temprano a casa y puse el disco de Lucha Reyes que mamá adoraba. No lo oía desde su muerte y creo que mi hermana también lo había evitado. Pero esa noche teníamos que conversar sobre ese futuro que ya nos estaba pisando los talones y había que empezar a recibirlo enfrentando los recuerdos. Se me saltaban las lágrimas mientras preparaba un arroz con leche. Esa letra potente de algún modo expandía el inmenso vacío que mi madre había dejado. Cuando Elisa entró en la casa, fue a subir el volumen y se quedó largo rato detenida frente al equipo de música. Se acercó a la cocina cuando yo empezaba a espolvorear la canela sobre el postre. Recién entonces se sentó en un taburete y me contó:

—Anteayer fui al asilo de ancianos y me confirmaron que ellos reciben ropa de difuntos. Nomás me aclararon que, aunque fuera ropa regalada, tuviéramos la bondad de entregarla lavada. Me sentí un poco ofendida, como si me hubiera visto cara de alguien a quien se le ocurriera llevarla sucia, pero luego esa señora me dijo que siempre hacía esa advertencia, por si acaso, pues no pocas personas que donan la ropa de sus muertos la entregan sucia.

—¡Qué cosa! —comenté.

—Sí, pues... —dio un suspiro y añadió—: En fin, ahora toca poner a trabajar la lavadora y seleccionar con qué nos gustaría quedarnos.

—Entonces, ya estamos listas para vaciar el cuarto de mamá.

—Sí, ya es hora. Pero, te digo, lo que más me asusta es abrir el baúl que descubrí al fondo de su clóset, el día que quise esconder la bolsa de zapatos de papá.

—¿Cómo? ¿Por qué no me mencionaste nada?

—Tú eres muy chismosa y no sé si hubieras evitado hurgar.

—¡Oye, soy curiosa, pero no a ese extremo!

—No sé, es que aquel día a mí misma me entraron unas ganas tremendas de abrirlo. Luego pensé que si mamá había colocado ese baúl tan al fondo, cubierto además por varios pañolones viejos, sería porque ahí guardaba algo demasiado íntimo... Y, claro, no me gustaría a mí que nadie invadiera mi privacidad.

—Sí, sí, pero puede que te hayas atormentado en vano. Imagina que lo abrimos y no encontramos nada más que ropa vieja, o peor, que esté vacío.

—No, no, no —repuso, moviendo la cabeza—. Es un baúl de regular tamaño, está cerrado con doble candado, que tendremos que reventar, y es muy antiguo. Conociendo cómo le gustaban las antigüedades, no creo que mamá lo pusiera ahí por gusto.

—En fin, ¿qué te parece si vamos a abrirlo de una vez?

—Bueno —afirmó, pero cuando nos íbamos levantando de la mesa, sin terminar siquiera el postre, me tomó por el brazo y añadió—: Me da miedo hallar algo desagradable.

—... A mí ya también me decepcionaría no hallar nada. Porque en todo este tiempo he presentado que ella dejó muchas cosas sin decir.